
CENTENARIO DE LUIS ARAQUISTAIN

Juan González Bedoya

análisis y debate



4

El cántabro Luis Araquistain, nacido hace cien años en Bárcena de Pie de Concha, puede ser utilizado, sin duda, como arquetipo de español cuya biografía ha vivido, gozado y sufrido todas las tormentas sociales y políticas de este siglo que camina a su fin. En Araquistain encontraremos, a veces con vital exageración, las continuas vicisitudes de los españoles del siglo XX; sus grandezas, los gozos y las sombras, la pasión y el pensamiento, el valor y el miedo, el triunfo y la derrota, las cumbres y el hondón. Como en Ortega y en Unamuno, como en Largo Caballero o en Gil Robles, de la misma manera que en Besteiro, en Ramiro de Maeztu, en Madariaga o en Gregorio Marañón, también en Araquistain encontraremos todavía innumerables motivos para colocarle en el pedestal o para instalarle en la picota, una de esas picotas escasas que todavía quedan en Cantabria, de las cuales la mejor se conserva precisamente en el pueblo que vio nacer a Araquistain hace cien años y unos pocos menos.

Al margen de desfiguraciones y polémicas, y pasando por encima de no pequeñas rectificaciones personales del propio Araquistain que agigantan aún más su complicada y enorme biografía, me apresuro a decir que Luis Araquistain figura, por méritos propios, entre los principales protagonistas de la historia de España en la primera mitad de este siglo. Si la selección la tuviera que limitar al campo de la izquierda, en la que siempre militó Araquistain, la posición de éste sería aún más destacable: a la par, casi, guste o no a muchos socialistas de hoy, de nombres como Largo Caballero, Indalecio Prieto, Julián Besteiro, Negrín o Fernando de los Ríos. Esta afirmación hace todavía más injusto el olvido y la indiferencia con que está agotándose el centenario de su nacimiento, y acrecienta mi agradecimiento a la Fundación Pablo Iglesias por ofrecerme la oportunidad de hacer un poco justicia (bien es cierto que no la necesita de mí) con este gran Araquistain, polémico, vital, brillante y contradictorio como suelen ser los grandes españoles.

La figura del periodista, del escritor, del pensador, del político Araquistain ha sufrido en estos años las desfiguraciones habituales en los juicios históricos de todo tipo y, sobre todo, un largo proceso de «demonización», muy extendido en la historiografía del régimen anterior, según la cual los españoles se dividían en buenos y malos, adictos o desafectos. Diría incluso que esa furia descalificadora se cebó especialmente en Araquistain, tanto como en Azaña, quizá (sin duda) porque los dos destacaron por su inteligencia y habían dejado una huella profunda en escritos de Prensa y en libros, lo que les hacía aún más peligrosos.

En el caso de Araquistain, además, por su indudable influencia en la radicalización del PSOE durante la República y por su papel de consejero principal de Largo Caballero, el proceso de «demonización» a que me refiero fue también propiciado por amplios sectores de la izquierda. Los socialistas moderados, en efecto, contribuyeron algo en esa tarea de borrar o disminuir la talla de Araquistain; y con mayor saña y dedicación hicieron lo mismo los comunistas, que vieron en Araquistain a uno de sus más peligrosos y eficaces opositores.

Interesa sobremanera destacar la faceta que me parece más significativa en Araquistain: su importancia como periodista y como pensador. Es Araquistain, además, uno de los escasísimos intelectuales españoles que se adentran con rigor y brillantez en la teoría marxista y que deja textos muy certeros sobre el pensador alemán. No hay muchos nombres en España que puedan compararse en ese campo de la teoría marxista.

Pero Araquistain no se sentirá, al final de su vida, muy satisfecho de su obra de pensamiento marxista. Cuando redacta el libro *El pensamiento español contemporáneo*, publicado en Buenos Aires después de la muerte de su autor, Araquistain escribe:

«Creo que los españoles no hemos aportado nada original al tema del socialismo moderno. Hay algunos buenos folletos de divulgación de Pablo Iglesias, del doctor Jaime Vera y otros; un discurso académico de Julián Besteiro..., y un amable libro de Fernando de los Ríos, *El sentido humanista del socialismo* (1926), antimarxista, de inspiración jurídica y religiosa..., y no sé si voluntariamente omito alguno que valga la pena recordar.» Y añade: «Algunos amigos y yo marxistizamos un poco en la revista *Leviatán*, pero sin entrar muy a fondo en el tema y más bien con propósito de vulgarización. En suma, repito: de verdaderamente original, nada».

Este libro sobre las corrientes intelectuales modernas en España lo escribe Araquistain al final de su vida, cuando culmina un período de reflexión sobre su actividad política anterior, que deja de lado, despectivamente casi, la gran tarea iniciada por él con la fundación, en 1934, de la revista *Leviatán*. Pero, aunque se tiende a dar por buena y a suscribir la opinión de Araquistain sobre la importancia menor de los teóricos socialistas/marxistas españoles, la verdad es que *Leviatán* constituye una excepción resonante. Esta revista tuvo una importancia decisiva en el pensamiento socialista español de los años treinta y supone, sin duda (al margen de coincidencias ideológicas más o menos coyunturales), una de las empresas intelectuales más importantes del Partido Socialista Obrero Español. Bien es verdad que, vista desde ahora y a la luz de su obra y pensamiento posteriores (sobre todo la ya citada *El pensamiento español contemporáneo*), la etapa de *Leviatán* supone una especie de aberración (por citar el calificativo de Paul Preston) en la trayectoria intelectual de Araquistain, que era consciente de que con *Leviatán* había contribuido de forma primordial a la radicalización socialista que se produce entre los años 1933 y 1936.

Ha habido y hay críticas injustas, interpretaciones ramplonas y maniqueas sobre la etapa de Araquistain que protagoniza la revista *Leviatán*, de la que fue fundador, director y principal impulsor. La historia de España que se vuelve a escribir con mayor equilibrio en estos días se encargará de dejar en su sitio con mayor rigor el auténtico valor de aquella empresa editorial. Diré tan sólo que, teniendo en cuenta la producción anterior y posterior del marxismo español, las páginas de *Leviatán* constituyen una aportación destacada y original al conjunto de la teoría marxista existente en aquel momento, a la par, según Paul Preston, a lo que en Italia hizo más o menos por las mismas fechas Gramsci y su revista *L'Ordine Nuovo*. Quiero decir que, incluso en un contexto europeo, *Leviatán* no deja de tener un valor considerable. La revista contenía, en ocasiones, artículos de Trotsky, Wilhelm Reich, Harold Laski, Angelica Balanoff, Otto Bauer y otros intelectuales de la izquierda más inquieta de aquellos tormentosos años. A esos destacados colaboradores extranjeros, de los que he citado una mínima parte, se unían, como es lógico, los mejores y más dinámicos teóricos del marxismo hispano.

Está más que justificada, por tanto, una revisión profunda de los contenidos de aquella famosa «Revista mensual de hechos e ideas», pues así era el subtítulo de *Leviatán*. El periódico *El Socialista* anunciaba el 6 de abril de 1934 el nacimiento de una revista «que dirige nuestro camarada Araquistain». El título reflejaba la huella del director y correspondía a uno de los símbolos más utilizados en la literatura periodística de Araquistain desde los años de la primera guerra europea, donde, por ejemplo, la aparición, por primera vez en una guerra, de los automóviles blindados (los tanques), encarnación de la nueva fuerza militar, le hace escribir a Araquistain un bello artículo titulado «Leviatán en tierra». Más tarde, *Leviatán* será también el Estado comunista, «Leviatán soviético»; o, incluso, el llamado «peligro yanqui», que Araquistain titularía: «En el país de los leviatanes». En definitiva, Araquistain toma como emblema de *Leviatán*, no el animal fabuloso que se evoca en los textos de la Biblia, sino el símbolo del libro de Thomas Hobbes en el que, por primera vez, se define la idea moderna de un Estado totalitario, fundado en el orden de la justicia social, frente a la anarquía que engendran el predominio de los poderosos y la codicia de los grupos minoritarios.

Conviene subrayar estos principios, muy en boga en aquella época, porque aún hoy no son pocas las voces, incluso que se dicen socialistas, que consideran este

Leviatán como un estorbo, y reivindican el famoso liberalismo del «dejar pasar, dejar hacer», como si ese liberalismo no supusiese el retorno a una sociedad más injusta, en la que quienes más pueden y los más libres son los poderosos. Apuntemos de paso, en la polémica, el matiz de que los novísimos enemigos del Leviatán por el que lucharon Araquistain y los socialistas de su tiempo hacen esas declaraciones de liberalismo decimonónico colgados de las ubres del Estado/Leviatán o desde las presidencias de algunos de los Bancos estatalizados.

El Estado hobbesiano

El Estado hobbesiano por el que va a luchar la revista *Leviatán* pretende poner fin, por tanto, al caos, la pobreza y la explotación que generan entonces la anárquica economía individualista y su ley del más fuerte. Pero hay que apresurarse a decir, de inmediato, que el final del camino no es, en ningún caso, ni para Araquistain, ni para Largo Caballero, ni para Indalecio Prieto, ni para Besteiro, por citar sólo a cuatro líderes socialistas de la época, no es la dictadura del proletariado que se está experimentando en la Unión Soviética (para entonces, Fernando de los Ríos ya ha escrito su radical alegato contra el sistema soviético), sino la plasmación en España del ideal social pensado por los marxistas clásicos, el primero de ellos el propio Carlos Marx.

En *Leviatán* escribieron, como ya he dicho, teóricos marxistas relevantes de Europa y los notables del socialismo español: Besteiro, Fernando de los Ríos, Unamuno, Largo Caballero, Ramón J. Sender, Ramón Oliveira, Jiménez de Asúa, Prieto... Un artículo de Besteiro, por ejemplo, alabará el reformismo del Estado de bienestar puesto en marcha por el presidente norteamericano Roosevelt.

Pero eso era en 1934. La radicalización de la política nacional, sobre todo a partir de la revolución de octubre, y los enfrentamientos de la derecha y la izquierda en aquella España de bandazos y cuentas nuevas, se refleja en *Leviatán* a finales de año. 1935 será, además, el año de la ruptura de los frágiles lazos que unían a los diversos líderes socialistas citados. Besteiro no volverá a escribir para Araquistain (peor: habrá polémicas constantes ya entre los dos pensadores), y *Leviatán* inicia su radicalización ideológica y la publicación de contenidos y artículos que en nada desmerecían con la radicalización que se había apoderado de España, a izquierdas y derechas.

Una descripción esquemática del contenido de *Leviatán* no empaña el valor intelectual de la revista ni debe hacer olvidar tampoco la riqueza y el pluralismo ideológico del que hizo gala en sus números. Merece la pena citar, también, su clarividencia al enjuiciar la oleada fascista que ya se extendía por Europa en su doble versión italiana y germana.

Es más, la continua radicalización marxista de los hombres de *Leviatán* debe explicarse porque vieron como nadie el peligro que se avecinaba y creían que aquella oleada infernal sólo podría ser detenida con métodos marxistas: la teoría de las etapas, según Lenin, para los años de la prerrevolución rusa, ya no va a servir para nada con Hitler pisando los talones. Que se lo pregunten a los socialistas alemanes o austríacos, viene a decir Araquistain como argumento contra la etapa democrático-burguesa de la revolución que se avecina, inexorable.

Los tiempos, efectivamente, exigen quemar etapas. Araquistain lo dice de forma muy directa: «La guerra civil en que vivimos no se resuelve con componendas parlamentarias. El dilema histórico es fascismo o socialismo, y sólo lo decidirá la violencia». Si hemos de ser sinceros, Araquistain, en 1935, quemadas ya muchas otras posibilidades de entendimiento entre los españoles, tenía razón. Las posibilidades de estabilizar la República terminaron en 1933, cuando la derecha, durante el bien llamado *bienio negro*, se dedicó con las reformas de Azaña. Digamos otra verdad: lo mismo que sostenía por la izquierda socialista nuestro Araquistain, lo decían sin recato los admiradores del fascismo en España, desde Gil Robles a los generales más destacados de la conspiración posterior, a excepción de Franco, que callaba o engañaba con primor (a esa táctica política, abiertamente revolucionaria, de Araquistain, se enfrentaba dentro del PSOE otra sostenida por Julián Besteiro, clásicamente reformista y marxista en el sentido de que sostenía que España tenía que pasar aún por la fase democrático-burguesa antes de llegar, por vía pacífica, al socialismo. Vistas desde ahora, las dos utopías eran igualmente inalcanzables. Araquistain terminó en el exilio y Besteiro fue condenado a muerte por el régimen franquista).

No era, como vemos, un problema de vías para lograr hacer de España un país más justo, más libre y más solidario. Lo radicalmente condenable para la clase dominante era el propio socialismo, cuyos líderes principales europeos (incluidos varios españoles, entre ellos Besteiro, como consecuencia de la revolución de octubre) estaban en el exilio o en prisión. La depresión económica de aquellos años, que tanta hambre desparramó por la geografía patria, y el auge del fascismo en Europa con el consiguiente aplastamiento de los partidos socialistas alemán y austríaco eran las noticias de cada día. Araquistain, desde su atalaya intelectual, privilegiado por una dedicación periodística a lo internacional, había visto cómo llegó Hitler al poder de forma legal (por las urnas). Muchos judíos salvaron la vida en el coche de Araquistain, cuando fue nombrado embajador de España en Berlín en abril de 1932. Ante la llegada al poder en España de la CEDA y Gil Robles, y la creación de la Falange del hijo del dictador Primo de Rivera, le queda a Araquistain, desde su *Leviatán*, apuntarse a la vía de Otto Bauer (la de Besteiro en España, mientras Bauer ya estaba en la cárcel, víctima de sus teorías), o a la de Trotsky, por ejemplo.

Podía haberse buscado, tal vez, una tercera vía. Araquistain era un pensador de talla y preparación para haberlo intentado con reposo intelectual. Pero lo que Prieto denominó «la fuerza de su pluma» no estaba para descansos. En pocos escritores políticos se mantiene como en Araquistain la preocupación por los mismos temas y el regreso a unos enfoques; sin embargo, rara vez encontraremos otro pensador en el que las formulaciones teóricas hayan dependido con tanta intensidad de la presión social de cada día y sus cambios coyunturales.

Araquistain, como marxista que bebía del original y estaba al tanto del debate que se estaba desarrollando en otros países europeos con mayor intensidad y pasión que en España, vive una permanente contradicción (muy marxista, desde luego), una mezcla dialéctica de ciencia y temperamento, de capacidad teórica y de capacidad de acción. Siguiendo a Lenin y (otra vez) a Gramsci, cree también en el instinto y en el temperamento. Y dice: «Todo lo demás podrá ser marxismo erudito o académico —marxismo a medias, cuando no falso marxismo—; pero nunca marxismo revolucionario», dos términos que en realidad considera una redundancia. Contesta aquí, sin citarle, a Besteiro, al que señala nuevamente cuando escribe sobre *El Estado y la revolución*, de Lenin: «En el espíritu de sus funda-

dores el socialismo marxista debía poner el acento en el problema del Estado». Le irritó sobremanera la simulación que empezaba a edificarse entre sus propios camaradas en torno al marxismo adulterado. Escribe: «No se pide a nadie que sea marxista; pero si dice serlo, que lo sea de verdad. O, por lo menos, que se entere antes de decidir». Podríamos prolongar la diatriba al campo del socialismo y a hoy mismo, apresurándonos a matizar, también por boca de Araquistain, que el marxismo no tiene por qué ser un dogma de ningún partido socialista. Pone el ejemplo del laborismo inglés, que tanto conocía, y cita, con respeto y admiración, a Fernando de los Ríos y a Henri de Man que, «conociendo a fondo el marxismo», dice, «no comparten todos sus fundamentos y conclusiones. Esta franqueza les honra, porque lo primero que hay que pedir a todo hombre es que sea leal consigo mismo». Igual contundencia iba a demostrar en sus escritos ante los que consideraba marxistas y socialistas de oportunidad.

La etapa de *Leviatán* distorsiona en ocasiones la talla intelectual de su promotor. Otros han lavado, con el paso de la historia, sus pecados. Araquistain dejó una huella tan profunda (la huella de lo escrito y lo pensado), que tal vez por eso quema aún nuestras manos desde las posiciones de un socialismo que en 1986 es ya claramente reformista y democrático, es decir: socialista a la manera de sus principales teóricos. Pero, en descargo de quienes abrieron camino, reconozcamos que los vientos de la historia algo han facilitado la labor. Tuvieron casi todo en contra. El *Leviatán* moderno mantiene una gran deuda con ellos: me refiero al Estado social y democrático, el famoso Estado del bienestar, en cuya conquista lo más plena posible estamos empeñados los socialistas españoles de hoy. Entristece que mentes tan lúcidas como la de Araquistain no hayan alcanzado a ver esta etapa. Araquistain, vital y optimista por naturaleza, chocó con la amarga ironía de un destino que le convirtió en militante político vencido. Pero sabía que era sólo una coyuntura histórica determinada y luchó hasta el último día de su vida para acortar para España el tiempo de la espera. «Soy un vencido..., pero, a largo plazo, la fuerza de las cosas trabaja para mí», podíamos poner en su boca citando a Gramsci. La cita conduce a una obligada comparación de personalidades, igualmente trágicas. Los dos, Araquistain y Gramsci, eran sobre todo periodistas a la manera en que el pensador italiano reflexionó en uno de sus ensayos en la cárcel: un «periodismo integral en el que hay que poner el énfasis en la relación existente entre la función del periodismo como tal oficio y la delimitación de las nuevas tareas para una transformación socialista de la sociedad». Conviene también subrayar este matiz como apunte hacia tantos neutrales como florecen hoy entre los llamados intelectuales progresistas.

En los escritos periodísticos de ambos pensadores «se busca siempre propagar una concepción general del mundo» (la cita es textual). Algo parecido hacían por la derecha (o la extrema derecha) otros como Ramiro de Maeztu. Y, en medio, quedaron (y quedan) los de los estilos ampulosos o aquellos que gustan de expresarse con una aridez tan chata que sólo pueden ser escuchados en los grandes salones de la nobleza. Araquistain, por el contrario, está dotado de una pluma en la que no sabe uno si admirar más la fuerza y la belleza de la forma que la contundencia y la precisión del contenido.

El ser de los españoles

Araquistain, después de la guerra civil y durante todo el exilio, expurgó de sus libros cuanto debía. En algo mantuvo su posición: los socialistas, cuando accedan al poder, no lo harán para disfrutarlo, sino para cambiar el mundo, para me-

jorarlo. Conviene no olvidar esa perspectiva jamás. Largo Caballero, del que Araquistain se convirtió en consejero permanente para desesperación de otros líderes socialistas, pronunció un discurso en 1933 que, de alguna forma, resume lo que más tarde iba a suceder en el socialismo español: la radicalización de los dirigentes y de las bases. Acababa de abandonar el Ministerio de Trabajo, desde el que había introducido algunas reformas importantes, y veía cómo el nuevo gobierno de las derechas deshacía la labor del departamento socialista, en el que Araquistain ocupó la Subsecretaría. Largo Caballero empieza por reconocer que en los dos primeros años de la República, el comportamiento de los afiliados y las bases socialistas «ha sido admirable». Y añade: «Yo os digo que desde que estuve en el gobierno, por la observación que he hecho de lo que significa la política burguesa, si cupiera en lo posible ha salido mucho más rojo que entré; ¡pero mucho más!... Creíamos antes que el capitalismo era un poco más noble, que sería más transigente, más comprensivo. No; el capitalismo en España es cerril, no le convence nada ni nadie».

Largo Caballero dice desde su experiencia lo que Araquistain viene sosteniendo desde la teoría: la oposición de la oligarquía española a la tímida legislación laboral de los socialistas en el primer gobierno de Azaña forzaba inevitablemente una postura más o menos revolucionaria de las clases desfavorecidas y sus dirigentes. Hasta entonces, el pensamiento político de Araquistain había sido el del «socialismo humanista», fervientemente democrático. En 1928, en una larga estancia en América, pronuncia una conferencia en La Habana en la que juzga al régimen dictatorial como «compendio de todos los males». Anarquistas y comunistas no representan más que la barbarie», dice poco más tarde, hacia 1930. De entonces es la teoría de *El cuarto estado*, que desarrolla en uno de sus libros. Se refiere al Estado nacional de todas las clases: «en los orígenes no hubo más que vencedores y vencidos, dos clases, dos razas, dos lenguas, dos derechos, dos religiones, dos intereses antagónicos. Poco a poco comienza la compenetración, la fusión, la amalgama, la integración en una unidad superior: es la dialéctica sociológica de la historia», dice. Pero está mirando a Europa, no a España. Mira a Estados Unidos y a Inglaterra. Y escribe: «La gran burguesía está pasando a la historia, por lo menos en Europa. La riqueza, la propiedad, se democratiza, se nivela. Todavía no es el socialismo, pero sí la mayor revolución social de todos los tiempos, una revolución sin grandes violencias internas en general hasta ahora, como había previsto Marx para Inglaterra, que no será probablemente el único país de Occidente que la haga en esta forma. Sólo las sociedades y los Estados atrasados de la Europa oriental y España no han podido hacer pacíficamente esta revolución de nuestro tiempo, pero no por culpa de los pueblos, sino de sus clases dominantes, dominadas a su vez por un egoísmo antihistórico y poco inteligente».

Cuando se pone a buscar los motivos por los que España no se ha incorporado a esa Europa más justa con la que se solidariza, Luis Araquistain hace gala de su buena pluma para decirlo con belleza: «En España, donde las guerras de conquista y reconquista duran casi ocho siglos, caso único en la historia universal, no siempre combatíamos por la independencia ni por la religión; a menudo nada más que por el poder, el botín o la soldada». Y pone ejemplos de sublime locura o de estúpida patriotería: Sagunto y Numancia. Tal vez estaba pensando también en el héroe cántabro Corocota, que se presentó a los romanos para cobrar él mismo el precio que habían puesto a su cabeza. Un héroe ciertamente estúpido, tengo dicho en alguna otra parte. También Sagunto llama a los romanos contra los cartagineses y, aunque los romanos llegan tarde, se quedan luego definitivamente

te. Ejemplos ha habido más recientes. O el del legendario Díaz de Vivar, El Cid, al que Araquistain dedica algunas páginas: «Tan querido por todos y tan popular, El Cid no es más que un condottiero que combate alternativamente contra el moro o con el moro, según le convenía más. Pero no fue el único cristiano que lo hizo; en España las guerras internas siempre se han ganado contra los hermanos con la ayuda del extranjero: desde el Trastámara, que asesinó a don Pedro el Cruel con ayuda de una francesa, a Franco, que terminó con la República vendiendo su alma a Hitler y Mussolini».

Nuestra historia se ha repetido de continuo en el primitivismo y el cinismo del Estado de conquista, y ello le tenía que doler a un pensamiento clarividente como el de Araquistain. Pero, ¿cómo cambiar la situación en un país en el que, aparte el legitimismo sociológico de los teóricos del liberalismo, abundan y se multiplican los predicadores de la fatalidad de las clases sociales y de los privilegios imprescindibles, y donde «son millones los menesterosos que piensan que lo que sufren no es una injusticia, sino una desgracia»!

Por fuerza, una España así tenía que terminar mal: radicalizándose. Porque cuando se llega a la raíz de un problema (eso es precisamente ser radical), y no se encuentra solución fácil, quizá no quede otro camino que el seguido en tantos otros lugares del planeta Tierra por los revolucionarios.

Vaya esto en descargo de un pensador español, nacido cántabro, que empezó siendo liberal progresista; siguió la senda del socialismo humanista y democrático; luchó a brazo partido y con entusiasmo para llevar a cabo en España una revolución marxista; y murió arrepentido de tantas cosas. Sobre todo, con un arrepentimiento público y notorio: apasionado. «Hoy son pocos los españoles que no están en su fuero interno arrepentidos de los errores que cometieron, pero somos muy pocos los que nos atrevemos a reconocerlo públicamente», escribió en el exilio. Y añadió: sólo cuando todos hagamos acto público de arrepentimiento será posible «la reconciliación y la convivencia nacionales a que estamos obligados si queremos coexistir como hombres y no como fieras». «Que aprendan de nuestra desgraciada experiencia», concluye.

Según Luis Araquistain, la guerra civil que acaban de vivir y sufrir los españoles, por su volumen y duración, por el número de víctimas y por sus consecuencias dentro y fuera del país, había sido «un fenómeno único en la historia moderna del mundo occidental», en tanto que guerra civil. Para Araquistain «no se concibe una guerra así en ningún otro pueblo europeo. Sólo la gran guerra civil de los Estados Unidos (1861-1865), la llamada Guerra de Secesión, se la puede comparar en duración y violencia, pero no en el desenlace: terminó con una paz humana para los vencidos, muy parecida en esto a la primera guerra civil española del siglo XIX (1833-1839), «la del abrazo de Vergara, que tanto nos haría reír en otro tiempo; hoy creo que ya no se ríe nadie; yo no, por lo menos». «Esas dos guerras, la española y la americana, concluyeron sin crueldades ni emigraciones en masa, como ésta nuestra en la que vivimos y morimos».

Hubo españoles vencidos, conocedores de esa historia nacional, que después de la derrota decidieron quedarse en España, pensando en el perdón de los vencedores y en la integración social posterior. Fueron muchos los que eso hicieron; la mayoría murieron fusilados; otros, en las cárceles. Araquistain dedica un recuerdo emocionado a Julián Besteiro, con el que tanto polemizó. Y explica por qué fue tan cruel el vencedor en la última guerra civil española y por qué no lo fueron

los vencedores en la primera guerra, o los de la segunda, o los americanos. «A mi juicio, no hay más que una explicación: los vencedores en América y en España fueron los liberales, hombres formados y constituidos en un Estado moderno, de avanzada integración social y cultural. Y los vencedores de nuestra última guerra fueron los vencidos en las dos guerras civiles del siglo pasado: los carlistas, los absolutistas, representantes de un Estado primitivo, anacrónico, que creíamos archivado para siempre en los anales polvorientos de la Historia».

Es verdad que en la preguerra civil trágica ya en peleas sangrientas, las responsabilidades y las culpas se deben repartir entre uno y otro bando ideológico en conflicto. Parece ocioso decirlo otra vez; las rectificaciones personales de Araquistain lo reflejan en varias ocasiones desde 1937 hasta su último día de vida. No fue tampoco de los que se empeñaron en prolongar, como Negrín, la guerra, y con ella sufrimientos y muertes innecesarias. Hizo las maletas con sus escasos enseres y sus numerosísimos libros y salió de Barcelona (tan sólo cuatro días antes de la entrada de las tropas de Franco) hacia el exilio maldiciendo a algunos de sus correligionarios, sobre todo a los negrinistas y, en especial, a los anarquistas y los comunistas: «Es terrible este final, pero bien previsto estaba... Ellos solos son los responsables de este terrible desastre. Cien vidas que tuvieran ellos y los socialistas que les han servido lacayunamente no les bastaría para expiar tanto crimen y tanta idiotez», escribe a su hija Sonia en marzo de 1939. Se unía así a los que, como Unamuno y Ortega, por ejemplo, sostenían que las tácticas comunistas habían favorecido o precipitado el golpe de Estado que terminó con la República. «El comunismo —escribe Araquistain— no hizo, como se proponía, la revolución mundial, pero creó, en cambio, las condiciones sociales y psicológicas de la contrarrevolución fascista en todas partes y, como derivativo ulterior, el ambiente internacional de esta guerra gigantesca».

Araquistain hablaba, además, por la herida personal de verse prohibido en su libertad de expresión por las últimas decisiones de Negrín, cuyo gobierno, dominado por filocomunistas, llegó incluso a ordenar la detención de Largo Caballero para impedir que hablara en público el líder carismático al que hasta hacía pocos años hacían el juego con el sobrenombre de «el Lenin español». La experiencia, cuando Araquistain está ya en Ginebra y puede hablar con libertad y sin poner en peligro su vida, se la expone en carta a León Blum, el líder del Frente Popular que gobernaba en Francia: en territorio español «seguimos sintiéndonos amenazados por otro enemigo más próximo y menos visible que los franquistas». A su hija Sonia le concreta aún más el miedo físico que pasó en sus últimos días sobre suelo patrio: «Yo hace tiempo que venía diciendo que tanto si nos vencían como si triunfábamos, los socialistas independientes tendríamos que emigrar, porque en el primer caso nos asesinaría Franco, y en el segundo los comunistas», a los que describe como «brutos, canallas, falsarios y libeláticos».

Respecto al segundo de los temores, no seré yo quien me pronuncie. Pero es seguro que Araquistain no habría sobrevivido a la derrota en España. Fueron muchos los periodistas que perdieron su vida ante el pelotón de fusilamiento: Zugazagoitia, por citar a uno de renombre nacional; la directora del diario socialista *La Región*, de Santander, Matilde Zapata, por referirnos a Cantabria. Araquistain era hombre informado y había escuchado, sin duda, la siniestra advertencia que el general Mola les había hecho a todos ellos el 19 de agosto de 1936 desde Radio Castilla y que provocaron en Unamuno, tal vez, su tardío «venceréis, pero no convenceréis».

Decía Mola: «Ni rendimiento ni abrazos de Vergara ni pactos ni nada que no sea la victoria aplastante y definitiva... La vida de los reos será poca. Les aviso con tiempo y con nobleza; no quiero que se llamen a engaño». Y añadía, cínico, el todavía director del golpe militar: «Va mi palabra, además, a los enemigos, pues es razón y justicia que vayan sabiendo a qué atenerse, siquiera sea para que, llegada la hora de ajustar cuentas, no se acojan al principio del Derecho de que jamás debe aplicarse al delincuente castigo que no esté establecido con anterioridad a la perpetración del delito». Como se ve, la generosidad no iba a ser, como suele, la virtud de los vencedores, sino el rencor, el odio y la venganza.

Entre Ortega y Azaña

Lomberto Daniel Luis Araquistain y Quevedo, nace el 18 de junio de 1886 en Bárcenas de Pie de Concha. Es, por tanto, coetáneo de Miguel Maura, y tres años más joven que Ortega y Gasset o que Indalecio Prieto. Manuel Azaña había nacido cinco años antes, igual que Pablo Picasso, pero era un poco mayor (entre tres y diez años) que personalidades importantes de este siglo, como Juan Negrín, Gil Robles, José Antonio Primo de Rivera o los generales Franco, Casado o Vicente Rojo.

Pertenece, por tanto, Luis Araquistain, al grupo generacional que protagoniza los conflictos de la década de 1930, y que vive sus consecuencias dramáticas, unos con una ocupación prolongada del poder, y otros con la suerte de los perdedores de una de las posguerras civiles más crueles de la humanidad: la suerte de la destrucción en la guerra, del fusilamiento en la derrota o la del exilio hasta la muerte.

Procedente de la pequeña burguesía, nace en Bárcena de Pie de Concha por casualidad, vive unos pocos años en ese pequeño pueblo de Cantabria y se traslada más tarde a Bilbao, de donde procede su apellido. El mismo lo dirá, ya viejo, a su biógrafo Rodolfo Llopis: «Soy medio vasco. Durante una parte de mi niñez sólo hablé vascuence. Mis raíces son vascas, pero mi cabeza es española». De Cantabria conservará, sin embargo, la nostalgia de una niñez placentera y feliz, y la memoria de sus primeras lecturas y excursiones.

Después de estudiar Náutica en Bilbao, la biografía oficial sitúa a nuestro personaje en Argentina, donde desempeña varios trabajos, casi nunca el de su profesión de marino. Lo contará más tarde: «El cronista se queda perplejo ante la necesidad de ficharme gremialmente. ¿Dirá que he sido dependiente de comercio, que he sido dibujante lineal, que he sido profesor de idiomas?». Araquistain fue en la Argentina lo que pudo ser, además de aventurero. Pero es allí donde inicia su carrera periodística, en la redacción de un órgano anarquista. Indalecio Prieto, en alguna de sus muchas polémicas con Araquistain, recordaría años más tarde malévolamente que los comienzos de Araquistain en el periodismo no fueron nada brillantes pues «se inició como publicista en el semanario sicalíptico *Vida Galante*».

Los primeros escritos de Araquistain, efectivamente, hablan de «la verdadera musa» y cosas así. Incluso vive de colaboraciones poéticas más tarde recuperadas en libro, que reflejan ya la brillantez de la pluma de Araquistain, una de las más ilustres de la época.

Estamos en 1905. Araquistain regresa a España y se introduce en Madrid en medios periodísticos de signo liberal. Prieto, otra vez, relata que Araquistain, en efecto, entra a colaborar en *El Mundo*, el diario madrileño financiado por el capitalista bilbaíno Benigno Chávarri. Poco después le vemos ya de corresponsal en Londres y subiendo peldaños en una profesión en la que hizo de todo y en la que destacó de forma rutilante. «Es un periodista insuperable», diría de él Gregorio Marañón. «Me admiraba su pluma acerada, su cultura amplia y su pensamiento audaz», afirmará Jiménez de Asúa. «España había logrado reunir entonces un buen plantel de periodistas literarios, cuyo maestro era Ramiro de Maeztu, y uno de cuyos escritores más destacados era Araquistain», escribe Salvador de Madañaga. «Su prosa era maciza y contundente», asegura I. Prieto.

Como Ortega, como Azaña, como Unamuno, como Maeztu, Luis Araquistain llega a la política desde el periodismo, sin abandonar jamás esa profesión y dando un paso más grande en su trayectoria de escritor: fue también ensayista, y uno de los mejores de España en aquellos años. El salto a la política lo da después de seis años de profesión periodística, en los que adquiere, desde muy joven, gran renombre e influencia, primero en *El Mundo*, después en *La Mañana* (junto a Luis Bello, Pablo Iglesias, Pérez de Ayala o Martínez Sierra: Araquistain escribía una sección fija, titulada «La voz del exterior», sobre política internacional), y por fin en *El Liberal*, en el que se consagrará definitivamente en calidad de corresponsal en diversas capitales europeas, principalmente en Londres y Berlín.

Luis Araquistain ingresa en el PSOE en 1911, a los 25 años. En la misma época lo harían también otros intelectuales, lo que permitirá a las publicaciones socialistas destacar el hecho y citarlos a todos ellos como algo espectacular en un partido de marcado carácter obrerista por voluntad de Pablo Iglesias. Ingresan en el PSOE o se solidarizan con sus ideas y postulados éticos, por ejemplo, Julián Besteiro, Leopoldo Alas (hijo de Clarín), Ramón Carande, José Ortega y Gasset (que dedica a Pablo Iglesias un bello artículo titulado «Los santos laicos»), Fernando de los Ríos y otros catedráticos de Universidad. Todo ello da pie a la creación de la denominada Escuela Nueva, que organiza cursos para obreros, primero, y desde 1912 cursos sobre doctrinas socialistas, encabezados por el doctor Jaime Vera. En 1913 Luis Araquistain figura como conferenciante de uno de esos cursos de verano. Dos años después nuestro paisano asiste ya como delegado al X Congreso del PSOE (como delegado, precisamente, de la Escuela Nueva dirigida por Jaime Vera), y es elegido para su primer cargo representativo dentro del socialismo español: vocal del Comité Nacional del partido.

Asistirá a pocas reuniones de ese órgano de dirección. Su vida profesional como periodista de internacional le trae y le lleva por las principales capitales de Europa: tan pronto está en Londres o Berlín como aparece firmando crónicas y artículos de pensamiento desde Bruselas o París. De esa época son sus estudios sobre el socialismo europeo, y su fidelidad al laborismo inglés. Pero aún tiene tiempo para escribir obras de creación (alguna novela irrelevante y varias obras de teatro), y de atender a una actividad que no iba a abandonar nunca y que es común a otros grandes contemporáneos: las crónicas viajeras y las cartas a sus amigos o correligionarios; las que escribe a Unamuno son especialmente interesantes.

Son los años de aprendizaje y formación de uno de nuestros más penetrantes pensadores marxistas. Sus estancias en Londres o en Bruselas le iban a marcar especialmente pues en aquellos países el socialismo vivía una situación nueva, origi-

nal: el reformismo de Lloyd George, las actividades fabianas, la municipalización de servicios en Inglaterra o el desarrollo del cooperativismo agrario belga. La aproximación de liberales y laboristas en las elecciones inglesas hacen que Araquistain recomiende a sus correligionarios españoles una táctica reformista capaz de conseguir victorias parciales sobre la burguesía y los gobiernos que la sirven y en una etapa en la que estaba fresca la discusión sobre si los socialistas deberían entrar, o no, en el Parlamento. Una crónica firmada desde Londres en *El Liberal* le permite escribir a Araquistain con esta claridad: «La táctica de los socialistas es aceptar todo lo que les den los gobernantes y ejercer presión continuamente sobre ellos para que les den más cada vez». Esta le parece la solución más razonable porque «el marxismo anda en quiebra» y «no se ve tan próximo aún el día en que los socialistas ganen unas elecciones generales».

La estancia en Alemania le sirve a Araquistain, en cambio, para entrar en contacto con la que ha de ser una de sus preocupaciones centrales: el militarismo alemán. Hago notar que todavía no se ha iniciado la primera guerra mundial (1914-1918), pero Araquistain intuye ya las desgracias que caerán sobre Europa por culpa del militarismo y el imperialismo que se empieza a apoderar de Alemania, y que colmará el vaso de la paciencia de Araquistain con la conquista del poder por parte de Hitler o el comportamiento de Estados Unidos en América. Todas esas ideas cuajarán uno de sus primeros y mejores libros, *España en el crisol*, obra capital de aquel período iniciático socialista.

Guerra y revolución

La primera guerra mundial coincide con uno de los momentos claves de la carrera política de Luis Araquistain, ya que su incansable campaña aliadófila le consolida la fama de escritor tenaz y brillante, al mismo tiempo que profundo, en paralelo a su afianzamiento dentro del partido socialista. En 1916 regresa a Madrid y sucede a Ortega y Gasset en la dirección del semanario *España*, una magnífica aventura periodística y de pensamiento que iba a heredar de Araquistain, cinco años más tarde, el mismísimo Azaña. De esa trinidad directiva Araquistain declaró que se sentía más honrado como antecesor que como heredero. Araquistain tiene dicho de Azaña que era (que es: los buenos escritores no mueren jamás) «nuestro mejor clásico contemporáneo».

Aquel primer ensayo de guerra mundial fue también el primer ensayo de división del socialismo español, cuya unidad imposible pudo evitar tantas tragedias. Me refiero a que un PSOE uniforme y sin discordias internas hubiera cambiado el signo de la República y su trágico desenlace. En efecto, frente a aquella guerra mundial, Pablo Iglesias y Anguiano manifestaron su pacifismo y neutralidad; Largo Caballero sostenía que la clase obrera no sacaría de la confrontación más que nuevas desventajas, por lo que había que oponerse al conflicto e intentar evitarlo; en tanto que un sector muy amplio, encabezado por Besteiro y Araquistain, defendía una tendencia resueltamente favorable al apoyo a los aliados como grupo más progresivo entre los beligerantes. «No hay modo de echarse fuera de la historia», escribe Araquistain en *El Liberal* después de hacer triunfar sus tesis en el PSOE. «A los que no quieren guiar la Historia, ésta los arrastra fuera», añadía.

Araquistain vivió aquellos años con euforia, rebosante de vitalidad y creatividad: publica una media de libro por año, entre ellos uno sobre *La guerra y la re-*

volución (Lenin coincidiría en el mismo tema aquel año de 1915), y edita en *El Liberal* unos seis artículos al mes sobre temas de alta política o pensamiento.

Son textos de polémica más que de historia o de ensayo. Lo dice el propio Araquistain en la presentación de *Dos ideales políticos*: «No es un sesudo libro de historia, sino de polémica». Su fama se extiende y se acrecienta a la par que su prestigio. En una ocasión se enfrenta dialécticamente con Torcuato Luca de Tena, el director y propietario de *ABC*, con una crónica en *El Liberal* que acusa al periódico monárquico ultraconservador de cobrar «fondos de reptiles» por su campaña germanófila. Corría el año 1916, Araquistain tiene sólo treinta años, por tanto. Pues bien, Luca de Tena convoca a todos los periódicos nacionales para redactar una nota de condena contra el joven articulista. A la reunión acuden dieciséis periódicos de Madrid. Algunos son de talla; de la existencia de otros muchos, según Araquistain, «no hay modo de tener noticias como no sean yendo a adquirirlos a sus propias administraciones». Los grandes periódicos republicanos (*El Sol*, *El Liberal*) y la prensa de izquierdas no acuden a solidarizarse con *ABC*, pero se enzarzan en una polémica nacional entre aliadófilos y germanófilos, y se suceden artículos enfrentados, retos, cartas y un homenaje a Araquistain en la Casa del Pueblo.

Al año siguiente (1917) Araquistain pasa una temporada en la cárcel, y un año más tarde se traslada a Bilbao para apoyar a Prieto, recién regresado del exilio, en su campaña electoral por un escaño a las Cortes Generales. El propio Araquistain sería candidato por el distrito de Vergara (Guipúzcoa) sin suerte. Años más tarde, proclamada la República en España, Araquistain fue elegido diputado por Bilbao (capital) y por Valladolid, formó parte de la ponencia que redactó la Constitución republicana y en el articulado dejó su huella, tanto directamente como inspirador intelectual de sus compañeros. No puede ser anecdótico el hecho de que él personalmente redactó y defendió la enmienda, finalmente aceptada, según la cual España quedaba definida como «una República de trabajadores». Salvador de Madariaga cuenta en *La España de nuestro tiempo*, con ironía, a veces con crueldad: «Nadie creyó que aquella enmienda pasara, pero pasó con gran mayoría... Yo proponía en los pasillos que se le pusiera al párrafo un asterisco con una nota explicando que se trataba de una leve exageración... Quizá creyera (Araquistain), al fin y al cabo hombre serio, que era necesario que la Constitución llevara en el frontispicio una sentencia marxista; quizá creyó de buena ley de lucha de clases hacer temblar a la burguesía; quizá se dieron otros motivos que no alcanzo a vislumbrar; pero lo que no cabe duda es que si engañaba a otros, Araquistain no se engañaba a sí mismo; porque él sabía muy bien que España no era una República de trabajadores».

Es arriesgadísimo el juicio de Madariaga. Lo cierto es que la propuesta de Araquistain es rechazada en Comisión y sólo es aceptada por el Pleno del Congreso, donde los socialistas son minoría, después de un brillantísimo discurso de Araquistain, que, por otra parte, nunca destacó por su oratoria.

Araquistain era marxista (uno de los mejores teóricos del marxismo en España), y es lógico que intentase llevar a la Constitución sus ideales. En la trayectoria política posterior, como subsecretario del Ministerio de Trabajo y Previsión Social, como hombre de confianza de Largo Caballero, su huella se dejó sentir en la legislación social de aquella primera etapa republicana, sonada, pero, todavía, reformista: leyes como la de Contrato de Trabajo, la ley de Asociaciones Profesionales; la de los Jurados Mixtos y la de Términos Municipales.

Tras un breve paso por el Ministerio de Trabajo, Araquistain es nombrado embajador en Berlín, donde le sorprende la subida de Hitler al poder, en 1932, y cesa poco después de aprobarse la Ley de Incompatibilidades, que le impide ser diputado y embajador al mismo tiempo. Ya en Madrid, vuelve a su actividad de periodista, de escritor y conferenciante. El mismo día que José Antonio Primo de Rivera pronuncia el discurso fundacional de Falange Española (29 de octubre de 1933), Araquistain dicta una conferencia sobre la subida del fascismo al poder en Alemania. Se titula «Una lección de historia: el derrumbamiento del socialismo alemán». «El Estado socialista no será nunca una realidad si previamente no tenemos la voluntad enérgica de conquistar el poder, por los medios que sea, para fundar desde él nuestro Estado», afirma como reproche al voluntarismo confiado de los socialdemócratas alemanes, que se dejaron arrollar por el fascismo por falta de decisión a la hora de la verdad.

Es el primer giro revolucionario de Araquistain; detrás vendrían los de Largo Caballero y otros líderes destacados del socialismo español. «El dilema fatal era: franca dictadura burguesa o franca dictadura socialista».

Pero ésta es ya historia contada al analizar la etapa de *Leviatán*. Nos queda, finalmente, aludir a su etapa de embajador en París, ya en plena guerra civil, donde lleva el peso de las negociaciones para que Picasso pinte para España, encargado por el Gobierno de la República, el cuadro del «Guernica».

Su exilio fue duro, vital y políticamente, luchando por buscar la forma de romperlo con un regreso a España que no pudo ser por la obstinación del dictador a abrirse a los nuevos vientos democráticos que, a partir de la derrota de Hitler, se ensoñaron de Europa. En 1942, murió de leucemia en Ginebra su mujer Gertrudis; en 1945 se suicidó, por motivos amorosos, la hija Sonia, a la que escribió cartas de gran belleza y contenido. Las desgracias familiares le fueron templando la utopía y hundiéndole en el escepticismo vital, que no ideológico. En su último libro, publicado póstumamente, escribe: «Nos vamos quedando solos, más solos cada vez. A nosotros, los emigrados, nos ocurre lo contrario que a la España franquista. Ella se endurece, se petrifica en el aislamiento... Inversamente, las emigraciones políticas se desintegran progresivamente a medida que pasa el tiempo y crece su aislamiento dentro del mundo en que se instalan y en relación con el país de origen».

Se fue quedando solo. Solo con sus libros, sus artículos, su biblioteca, y unos pocos amigos. Recordando alguna vez los relatos de guerreros que escuchó de niño en Bárcena de Pie de Concha. Uno refiere la mitología del último día del año, «fiesta de la Vijanera o viejanera», con la puesta en escena de ruidosas danzas salvajes. Al romper el día, los mozos se lanzan a la calle cubiertos de pies a cabeza con pieles de animales y llevando colgadas a la cintura innumerables campanos de cobre. Enmascarados con tan (...) salvaje disfraz, corren, saltan y se agitan como poseídos de furiosa locura (...). Al atardecer, los mozos disfrazados de salvajes se reúnen en el límite de las aldeas vecinas y allí esperan a los que en ella han celebrado también igual fiesta. Les ofrecen la paz o la guerra. Si optan por la paz, la fiesta termina amistosamente bailando todos juntos. Si se deciden por la guerra, se enzarzan a golpes hasta caer extenuados».

Se pasó Luis Araquistain los últimos veinte años de su vida luchando pacíficamente para que España entrase en la paz de las democracias occidentales. Pero sus hermanos de la aldea vecina, salvajemente disfrazados, prefirieron continuar la guerra contra la otra media España, en el exilio. Unos pocos regresaron: Orte-

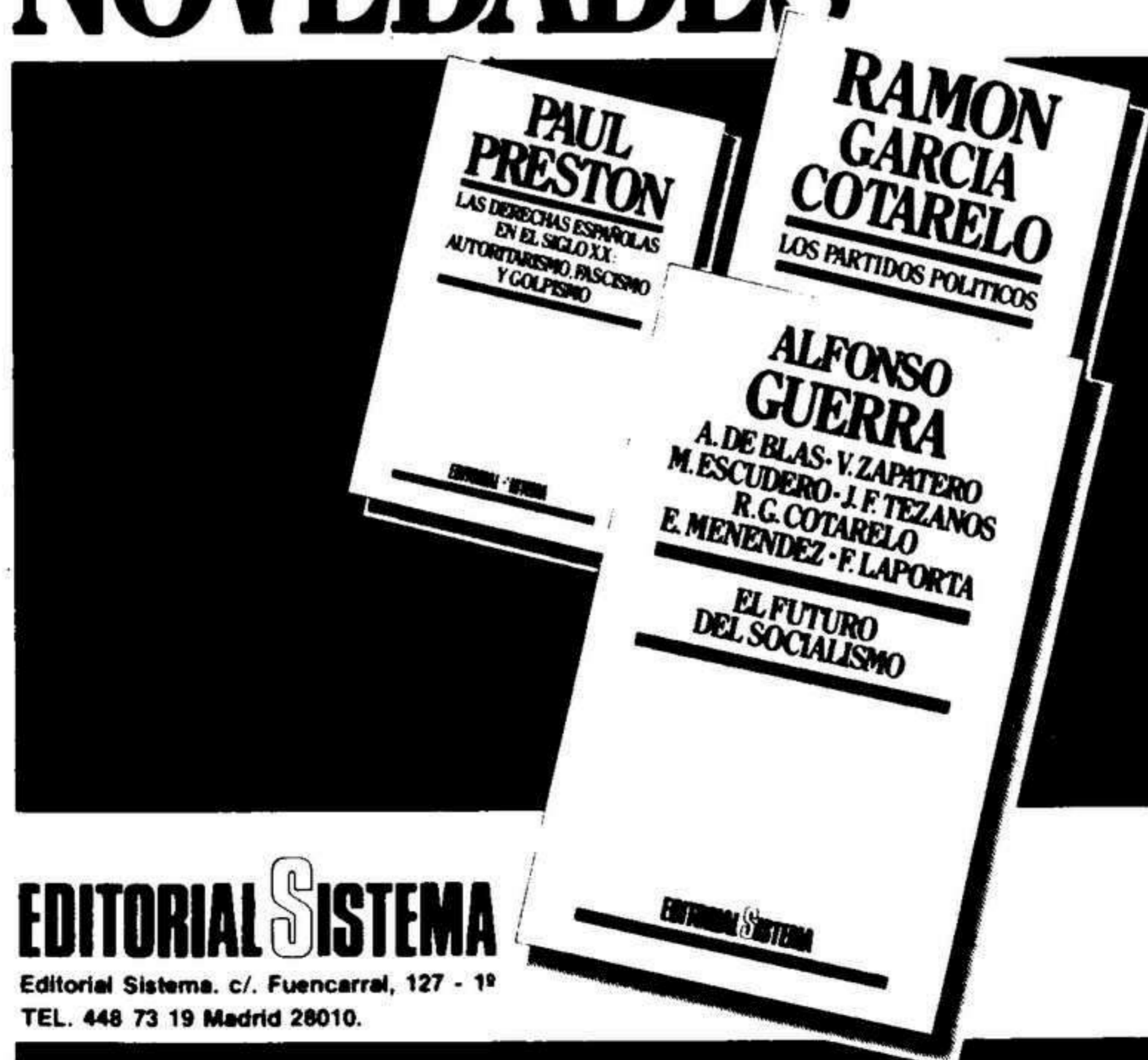
ga, Menéndez Pidal, pocos más, durante los años cincuenta; algunos vivieron lo suficiente para volver tras la muerte del dictador: Salvador de Madariaga, Sánchez Albornoz, José Prat, Rodolfo Llopis; pero la inmensa mayoría recibió sepultura en tierra extranjera. Luis Araquistain murió una tarde apacible de 1959 mientras conversaba plácidamente con su amigo y correligionario Andrés Saborit en la casa de su hijo Ramón, en la encalmada Ginebra. Acababa de escribir lo siguiente: «Sí, eso somos: la Anti-España de ellos, los eternos conquistadores».

Mucho ha cambiado España desde entonces. Para bien, sin duda. Quizá el haberlo hecho pacífica, civilizadamente, a la manera de Occidente, como Araquistain quería, sería el mejor homenaje que le podemos rendir ahora que se cumplen cien años de su nacimiento en mi tierra cántabra.

SISTEMA

COLECCION DE CIENCIAS SOCIALES

NOVEDADES



EDITORIAL SISTEMA

Editorial Sistema. c/. Fuencarral, 127 - 1º
TEL. 448 73 19 Madrid 28010.